

Esta ciudad existe y sus personajes no son una invención, hacen parte de esa madeja de recuerdos que la mente guarda con celo en algún resquicio de la bóveda craneana; se llega a ellos a través de un laberinto de asociaciones del que es difícil escapar. Ninguno de ellos obedece al capricho de ese hombre que, al final, osa atribuirse el haberlos inventado y darles un mundo para que corrieran. Sólo coincido con él en que, en algún lugar *«Hay otro que no sabe nada de nosotros, pero que tiene la potestad de borrarlos como dos lágrimas de mugre que afean una carta de amor»*. **hU**

Cuando cierra la noche, de Luz Amelia Peña Tovar

María del Carmen Sánchez García
Universidad Complutense de Madrid



Si tuviera que adherirme a la vieja teoría nominalista, diría que mientras no se nombran las cosas no existen. Sin embargo, desde un punto de vista rigurosamente objetivo, parece que las cosas no son así, es decir, se habla de ellas porque tienen carta de naturaleza. Alejandro Magno le pedía a su preceptor, Aristóteles, que le nombrara en sus obras para que quedara constancia de su existencia. Reparemos en que no le pedía que relatara sus hechos de vida, sino, simplemente que citara su nombre. Viene esto a colación, a propósito de la aparición en el panorama de la novela actual, teniendo en cuenta que hablo desde España, de una autora a la que merece la pena «nombrar», Luz Peña Tovar. Existe, escribe, y además, el libro, sobre el que van a girar estas líneas, no es el primero en el que proporciona pruebas de que hay que hablar y de que, en el futuro, se hablará mucho de ella.

Dramaturga, novelista, quizá poetisa; en una palabra, conocedora de campo de las letras artísticas; sancionado su quehacer por distintos premios de los que consideramos no es necesario hacer inventario ahora para apuntalar el interés que su obra puede suscitar.

Cuando cierra la noche, es, en nuestra opinión, una novela. Podría parecerle al lector de estas líneas una apostilla genérica verdaderamente pueril. Pienso, no obstante, que no es así. Decía Camilo José Cela que, la novela, es un cajón de sastre en el que cabe todo. Respetando

la opinión del nobel español, habría que decir que cada receptor tiene una percepción diferente de qué es una novela, o, al menos, de qué es una novela en su particular horizonte de expectativas. Muchos de esos lectores piensan que, una novela, debe contar una historia. Una historia con todos los ingredientes que la constituyan en una sucesión de acontecimientos que les permitan vivir otra u otras vidas distintas a las suyas.

Sería interesante vivir los avatares que rodean a los personajes de *Cuando cierra la noche*. Vendría a constituir en verse envuelto en una historia de amor. Amor, no obstante, desglosado en algunas de sus posibles variantes: relación sentimental y pasión hacia lo que es creación netamente humana, esto es, la cultura. Esta última, a su vez, en dos de sus manifestaciones, el arte y el haber formado un espacio en el que convivimos, y que se convierte en un punto de referencia, en una cobertura mágica. Me explicaré dejando a un lado lo genérico pero tratando de no caer en la revelación contraproducente para el interés de un posible lector que se aproxima a un libro, pendiente de algo que no debe de faltar jamás en una novela que se precie de tal nombre: el creciente interés que habrá de atraparle hasta descubrir el desenlace final.

Historia de amor, sí, entre Manuela Sandoval y Guillermo Olaya, sin una consistencia externa, digamos, real, que habita sólo en el mundo de las ideas, en el santuario espiritual de la protagonista y que únicamente adquirirá materialidad precisamente en la figura de Álvaro Olaya, en una curiosa relación, aparentemente triangular, teniendo en cuenta que, el adverbio, no viene sino a resaltar el carácter de subsidiaridad de este tercer personaje que, siendo hijo del segundo, puede ser objeto de un desquite, o simplemente el intento de realización de lo que podría haber sido y no fue.

Amor a la cultura, en este caso, y sobre todo, al séptimo arte. El cine se constituye en auténtico motor de la acción. Es la toma de un vídeo la que desencadena todo el raudal de acontecimientos. Curiosamente, la cinta trata de inmortalizar otra manifestación cultural, el teatro, un *Castigo sin venganza*, cuyo título no parece ajeno a sucesos muy posteriores. El cine, hace progresar a los protagonistas. El cine propicia la aparición de nuevos personajes y, a la vez, su desarrollo. El cine es la razón de ser de Manuela Sandoval, su triunfo, su destino; su medio de expresión, de confesión, de no buscada venganza, de redención.

Y, por último, amor a Baldorba, como espacio físico que alberga, ilustra y proporciona referencias históricas a las vidas que discurren bajo su cielo. No sabe el lector, al menos el lector español, qué es Baldorba. Poco importa, sin embargo. Podría ser Bogotá. Seguramente, de serlo, será apenas reconocible; siquiera intuible para los oriundos. Habría que incardinarla, pues, dentro de ese rasgo que

caracteriza a muchos de los novelistas que han creado un espacio, basado en la realidad, pero con nombre supuesto. Por hablar de los casos más llamativos, en Latinoamérica, Macondo o Comala, ciudades apócrifas de García Márquez y Juan Rulfo, y, en España, Vetusta, quizá el Oviedo de *Clarín*; Celama, terruño novelístico de Luís Mateo Díez o Región, homónimo de lugar más amplio, engendrado por Juan Benet, por ejemplo. ¿Por qué se hace? ¿Por recrear con mayor libertad? ¿Por envolver en cierta atmósfera misteriosa? ¿Por idealismo? ¿Por nostalgia? ¿Por odio? Yo creo que siempre, y, en el fondo, por amor.

Y todo este amor, o amores, si se prefiere, va abocado a la redención. Efectivamente, líneas más arriba he mencionado este vocablo. Es, al fin, una novela de redención por amor. Piense, siquiera someramente el lector, independientemente de las connotaciones religiosas, en una obra española imperecedera, *Don Juan Tenorio*. Cuánto tiene Guillermo Olaya del protagonista de la pieza teatral de José Zorrilla y cuánto tiene Manuela Sandoval de la generosidad de Doña Inés, de su enamoramiento irracional e inocente. Qué poco tiene, no obstante, y en flagrante contradicción humana, de ingenua, diluida esta posible candidez en la trayectoria vital de una mujer formada, directora de cine famosa, libre, creativa, abierta al mundo y ávida de experiencias y sensaciones nuevas. La diferencia estriba en que el vehículo de redención, bien que el amor, transita, no por la religión, sino por el arte, el de cine y el de la interpretación. No empero, Guillermo Olaya, prostituido en su arte y en su naturaleza de hombre será recuperado a la dignidad de la mano de una Manuela Sandoval artista. Desde este punto de vista, yo diría, que el verdadero protagonista de *Cuando cierra la noche*, no es Manuela Sandoval, sino Guillermo Olaya. El personaje auténticamente complejo, dentro de su aparente simplicidad, es él. Aventuraría también que, la autora, experimenta hacia su personaje masculino una mezcla de amor-odio que le convierten en un objeto de interés novelístico, más próximo a la humanidad del lector que el de esa Manuela Sandoval, esos Soles Negros, a quien cualquiera quisiera parecerse y, a la vez, todos notamos la imposibilidad de parecernos a ella.

La novela discurre a través de cincuenta y nueve capítulos, todos titulados, de parecida extensión. A lo largo de esa fragmentación formal, puramente externa, se consigue también la variación e introducción de diferentes puntos de vista, conformando una estructura interna compleja que propicia el cambio de voces narrativas.

En su conjunto, la obra, transcurre de la mano de un narrador en tercera persona, omnisciente y multiselectivo. No obstante, si bien los protagonistas, los tres, mejor dos, son los más arriba indicados, hay en *Cuando cierra la noche*, toda una serie de personajes, sin los cuales parte de la originalidad de la novela se perdería. Cada uno de

ellos, aparte de portavoz de su propia historia, se constituye a la vez en narrador de la percepción que de Manuela Sandoval, como eje de acontecimientos, y de esos mismos avatares, tienen, formando en su conjunto una galería de seres que, dentro de sus pequeñas miserias, y ya lo dije en la presentación de la novela, quisiera cualquiera para colaboradores o simplemente amigos. De ahí, quizá un punto excesivamente idealista en la novela. Los «seres malos», presentes también en la narración, abundan, por desgracia, mucho más.

Se podría inferir, al hilo de esta última observación, que reflexionamos en torno a una novela de corte realista, al menos entendiendo este término clasificatorio, desde el punto de vista, digamos, tradicional. No es así, al menos, desde mi perspectiva. Nada en la atmósfera o cobertura general de la obra me permitiría colocarla rotundamente bajo el marbete del realismo. Hay algo de onírico, de perteneciente al mundo de los sueños, dentro de ella. Pero no de los sueños entendidos como producto del reino del subconsciente, sino de los anhelos y recursos del ser humano que pertenecen a la esfera de lo más íntimo, de la lucha por la supervivencia dentro de su infinita soledad, de su falta de apoyo ante el sinsentido de la vida abocada inexorable e incomprensiblemente hacia la muerte. En este aspecto, hay algo en la novela de Luz Peña Tovar que me habla de ese *realismo mágico* que definiera Alejo Carpentier, allá, en un lejano 1949, y que no por remoto ha dejado de crear una saga de fructíferos seguidores y maestros indiscutibles en su manejo. La naturalidad en la inclusión de determinadas situaciones proporciona rasgos característicos a la obra y hace sentirse al lector, a la vez de estremecido, ante lo insólito, identificado con ello y quizá un tanto envidioso ante los prejuicios racionales que le impiden seguir parecida andadura en la «vida real».

No hace muchos días, Andrés Ibáñez, un novelista español, no precisamente suministrador de títulos comerciales, declaraba que el estilo «es eso que hace que la voz de un autor sea algo único y personal». Efectivamente, no es lo que se dice, sino cómo se dice. En este sentido, el estilo de Peña Tovar, es ágil, colorista, a ratos mordaz, a veces humorístico, en ocasiones intimista, manejando bien, esto es, sin cansar al lector, sino proporcionándole en adecuada dosificación el *utile e dulce* horaciano, un buen raudal de conocimientos cinematográficos – con independencia de que sean ficticios o reales, al menos en lo que a películas y argumentos se refieren –, lo que la confieren un aire de novela culturalista, a mi juicio muy atrayente.

En definitiva, *Cuando cierra la noche*, es un homenaje a la narratividad en un doble sentido genérico. Es una novela que cuenta una historia, cuyo motor es otro género narrativo por excelencia, el cine. Los espacios vacíos que deja una obra narrativa cuyo vehículo de conocimiento es la lectura, son llenados por el lector en su imaginación, poniendo